

## CAPÍTULO I

# EL MAESTRO LAÍN

### Una casa española

**P**ARA llegar a Urrea de Gaén, provincia de Teruel, recomendando ir por Daroca. Se tarda más pero te compensan el paisaje y los caseríos. Te van saliendo al paso otros bravíos que en primavera están dulcificados por el arbolado en flor. Los pueblos son hoscos. Enarbolan airoas torres mudéjares. A veces, ascienden por los repechos, otras se dispersan ladera abajo. Así, Vieja de la Hoz o Albalate del Arzobispo. Los dos exhiben su fiereza plástica. En cambio Urrea de Gaén, que es nuestro destino, se le oculta al viajero de tal manera que si se descuida, puede llegar a pasar de largo: se esconde al dejarse caer repentinamente por la loma hasta la vega, las acequias, los frutales...

Urrea es, en efecto, una torrentera de casas que baja despeñándose hasta la Plaza Mayor. Un remanso. Un silencio empozado. Muy pocas veces he tenido la sensación de encontrarme en eso que hemos dado en llamar la España profunda.

No tuve que preguntar por la casa de los Laín. Se presenta ella misma. Tiene un gran empaque. Lo dicen, además, las

dos placas que hay en la fachada. En una se recuerda a don Pedro y a su padre, el médico del pueblo; la otra está dedicada exclusivamente al ilustre «polígrafo».

Es una casa rotunda, casi cúbica. El almagre acrecienta su reciedumbre. El albero de los alfiles de las ventanas le da un aire *nacional*. Uno tiene la sensación de estar ante la casa española por antonomasia. Todo un símbolo. Aquí, entre estas gruesas paredes, en las alcobas que presumo espaciosas y umbrías, tras el enorme portón de pino se fraguó un drama que fue también el de toda la nación. Porque de aquí salieron disparados dos hermanos en direcciones contrarias. ¿Como en tantas otras casas españolas? Pero en este caso de un modo emblemático ya que los dos mozos de Urrea iban a ser famosos en los dos campos. Pedro fue el autor nada menos que de *Los valores morales del nacional-sindicalismo*, un libro clave para el franquismo. José fue decisivo en la izquierda: con Santiago Carrillo llevó al PCE a las juventudes socialistas y llegó a ser comisario de comisarios de guerra. Escribió como tal un manual titulado *Por un Ejército regular, disciplinado y fuerte*. Pedro estuvo en la retaguardia, en la información, en la cultura de guerra. Su hermano visitaba los frentes contrarios. En uno ganó la guerra, llegó a ser Consejero Nacional del Movimiento, Rector de la Universidad Central y miembro de varias Reales Academias.

El otro, derrotado, tuvo que abandonar la patria. En la URSS, en el exilio, se dedicó a la traducción. A él se deben las versiones de los grandes de la novela rusa. Los dos se habían visto, por última vez en Santander, recién comenzada la guerra. José tenía claro por qué y a quién tenía que matar. Su enardecimiento asustó a Pedro, perplejo. Tardarían en verse pero antes tuvieron un reencuentro verdaderamente simbólico. Los dos coincidieron en una edición de bolsillo

de 1984 de Orwell en una edición de RTVE. José había hecho la traducción. Pedro el prólogo. Los dos venían de vuelta de sus respectivas, frustrantes experiencias.

Ambos responsables y víctimas, al tiempo, de los dos totalitarismos del siglo XX. ¿Podrían haberse encontrado en un territorio más apropiado que este título de Orwell? Puestos a elegir quizá *El cero y el infinito* de Koestler. En la introducción se pregunta Pedro Laín si después de «las atrocidades de la historia contemporánea, guerras de exterminio, campos de concentración, cámaras de gas, frecuente reducción forzosa del discrepante al silencio» se puede seguir manteniendo la fe y la esperanza que proclamaba Hölderlin cuando escribía «donde está el peligro / allí nace lo que salva».

## El azar

La vieja casona de los Laín en Urrea de Gaén tiene un aura enigmática. Sin duda este misterio se lo da el hecho de que pudieran salir de una misma familia seres tan distintos, amantados por la misma piadosa madre, educados por el mismo padre, republicano y liberal, compartiendo los dos la misma circunstancia, por decirlo en términos orteguianos y la misma experiencia de clase, en términos marxistas.

En casos como este uno se siente asaltado por el misterio de la persona. El destino y la libertad. Jean Rostand que era un científico de aquellos tiempos habría explicado el caso a partir de los condicionamientos genéticos, culturales, ambientales... «Pienso —escribió el biólogo— que si dos seres humanos han recibido igual patrimonio hereditario y, desde su embrión, han recibido iguales influencias exteriores, tienen que ser idénticos e indiscernibles bajo todos los aspectos: deben pensar lo mismo, comportarse del mismo modo.»

Lo cual es teórico puesto que nunca puede haber identidad perfecta de ambientes aunque el hecho de los gemelos es altamente significativo. Si uno de ellos, por hablar sartrianamente, se constituye en héroe, el otro no puede constituirse en cobarde, aunque en realidad la historia de los verdaderos gemelos no resuelve el problema de la libertad. Tal vez permite reexaminarlo con mayor precisión.

Es evidente que, en la medida en que Jean Rostand pudiera tener razón, los seres humanos dejaríamos de tener el más mínimo interés. Resulta más seductor explicar a José a partir del padre y a Pedro a partir de la madre, aunque uno retiene de las confesiones de este último el espanto que le produjo siempre el odio de las gentes del pueblo, la envidia, la incultura... Y ¿a quién debería haber salido la hija, Concha, esta «piedad» familiar que tuvo que andar entre las dos trincheras para poder querer del mismo modo a sus dos hermanos?

El propio Laín ha intentado dar una respuesta a esta cuestión:

Cada vida humana está rodeada de vórtices biológicos e históricos hacia los cuales tiende a su acción con fuerza mayor o menor. La índole nativa de cada cual y la curva de su vida anterior —educación, vicisitudes diversas, etc.— señalan el carácter a un tiempo singular, específico y genérico que esos incitantes vórtices tienen para los hombres y para cada hombre. Dentro de un mismo medio histórico y familiar un hermano se verá incitado por ese medio para la vida conventual y otro hacia el lucro económico.

Y se apoya en Dilthey para decir que la vida es una misteriosa trama de azar, destino y carácter.

Al explicar a Menéndez Pelayo, Laín tuvo muy en cuenta el factor del azar. Quizá se estaba intentando explicarse a sí mis-

mo a partir del sabio cántabro. Habría tenido derecho a ello. Porque si es fácil explicar el itinerario revolucionario de José a partir de su militancia en las JJ.SS. no lo es tanto entender el de Pedro. Para José, la República se presentaba como la gran oportunidad revolucionaria. Pedro fue adquiriendo conciencia de este peligro pero no llegó a compromiso político alguno hasta el 18 de julio. El movimiento de Asturias, como nos ha explicado de forma muy precisa Amaro del Rosal, ugetista y dirigente del PCE, tuvo unos clarísimos objetivos revolucionarios que echan por tierra la lectura interesada y falsa que está haciendo ahora la izquierda. Para esta el comportamiento de comunistas y socialistas habría sido el de un gran respeto a las reglas de juego democráticas, mientras la derecha habría estado desde el comienzo en la conspiración. De todos modos cualquiera que haya tenido experiencia en la izquierda en los años cincuenta o sesenta y que, por tanto, haya vivido la herencia del movimiento obrero, sabe que la idea de aprovechar las posibilidades que ofrece un sistema democrático para dar el salto revolucionario deben ser aprovechadas obligatoriamente ya que lo contrario sería una traición imperdonable. En relación a Asturias, Largo Caballero y Prieto estaban convencidos de que «del rápido triunfo en Asturias y de la aportación que este triunfo representaría para Madrid» (1934: *El movimiento revolucionario de Asturias*. Amaro del Rosal).

Todo lo que en José era activismo y subversión, en Pedro era desencanto. Por eso nadie habría podido sospechar en los días anteriores al 18 de julio que aquel joven médico, aún desconcertado profesionalmente y desnortado políticamente pudiera convertirse en poco tiempo en uno de los ideólogos más sólidos del Movimiento nacional.

¿Cómo escapar a la idea del azar y de la improvisación como constantes en la vida de Pedro Laín?

Pedro Laín se había movido siempre en la indecisión. Había estudiado en los institutos de Teruel, Zaragoza y Soria. No tenía idea sobre la carrera que debería seguir. Así que, después de comenzar Ciencias en Zaragoza, continuó compaginando Químicas y Medicina en Valencia. Estaba dividido entre los consejos del padre y el horror que le daba la vida rural. En el Colegio Mayor Beato Juan de Rivera de Valencia le ocurrió, sin embargo, un hecho extraordinario a partir del cual su vida tendría un sentido distinto. O simplemente distinto. Vivió una experiencia cultural y religiosa que nunca llegó a describir con precisión y que definió como una *conversio morum* para diferenciarla de lo que habría podido entenderse como una conversión clásica, esto es, una *conversio fidei*. A la vista de los resultados y/o la describiría como uno de esos hallazgos definitivos que vienen dados como el resultado del estudio, las creencias y la experiencia. En el caso de Laín pienso que se trató de una intuición en relación con la identificación de la españolidad y el catolicismo, a la que no era ajena la crisis de valores en Europa en ese momento y la inseguridad política.

El estudiante de Medicina leía incansablemente Historia, A los clásicos latinos y griegos, a nuestros escritores del Siglo de Oro, a Menéndez Pelayo, a Ortega y Gasset, a Heidegger, a Croce... Leía en latín y tenía conocimientos del griego. Años más tarde escribiría: «Comenzó mi formación intelectual por la Física, siguió por la Medicina y ha terminado —¿ha terminado?— en la Historia. ¡Qué obra más grande y bella es esta de la Historia!», decía citando a Menéndez Pelayo.

En 1930 los hermanos Laín se instalaron en Madrid, en un pisito de la calle de Menéndez Valdés y bajo la tutoría de una tía. Pagan un alquiler de treinta pesetas al mes. Pedro hace el doctorado. A José le da por la política. Se afilia al Partido Socialista. Se viven momentos de esplendor cultural

que no dejan de ser la coronación de la política cultural de los años veinte, de los trabajos de Cajal y Menéndez Pelayo que se continúan con Torres Quevedo, Del Río Ortega y Achúcarro. Está Ortega y Gasset en su plenitud; García Morente es ya un filósofo consagrado y comienzan a brillar Zubiri y Gaos. En este clima nace el interés de Pedro Laín por la psiquiatría. Viaja a Viena y trabaja por unos meses en el Hospital General. A Laín le alcanza el clima de desazón. La República se cuartea y no sólo por razones económicas: Laín es consciente de la respuesta alemana a la amenaza de la URSS, que en España se traduce en resquebrajamiento del orden y los valores tradicionales. Se siente subyugado por Carl Schmitt.

Su primer trabajo como médico fue como inspector médico en la Mancomunidad Hidrográfica del Guadalquivir. Nos ha dejado un testimonio en *Vestigios*. Muy melancólico. En verano de 1933 acompañó por tierras de Cáceres a una expedición internacional interesada por la lucha contra el paludismo: tres persas, un turco, un griego, un rumano, un venezolano, un colombiano y dos españoles. Le sacudió el vacío de los palacios de Cáceres, el silencio y la soledad. Como si los visitantes extranjeros le interpelasen por ello. En la primavera de 1934 comenzó a hacer guardias en el Instituto Psiquiátrico Provincial de Valencia. Ese año se casa con su compañera de estudios Milagro Martínez, sevillana, una de las primeras licenciadas en Químicas. La hija, Milagro, también, nació en noviembre de 1935.

El primer texto en el que se revela Laín como ensayista fue con ocasión de una conferencia en el Liceo Pedagógico de Valencia y que publicó la revista *Norma*: «Principios para la formación intelectual». Laín hace una revisión crítica de la Ilustración y del mito del progreso que dejó pulverizado la Guerra del 14:

Hemos visto que la ciencia ha dejado de ser un mito para las gentes, precisamente porque no resuelve ningún problema específicamente humano. Otros mitos, el del Estado y el de la Raza, son los que hacen vibrar a las muchedumbres, y acaso una de las tareas más urgentes de esa nueva Cristiandad que predica Maritain sea la de salvar a esa ciencia, como producto que es del espíritu, aunque ya desposeída de su carácter mítico, del desvío de la masa, así como hay que evitar que el niño rompa, en su hastío, el juguete valioso que antes le distrajo.

Reconocemos las claves: una nueva sensibilidad, unos nuevos mitos y el contrapunto católico.

En el mes de julio de 1936 viaja a Santander para hacer un curso en la Universidad de Verano. Ha venido a tantear alguna salida profesional. En éstas, le sorprendió el Alzamiento del 18 de julio cuando buscaba trabajo en la clínica Marqués de Valdecilla. No puede decirse que estuviera conspirando contra la República. Le horroriza comprobar la existencia del odio que presumía: corre la sangre por los arrabales de la ciudad. Ha triunfado el Frente Popular. Comienza la busca del hombre. Una tarde se da de bruces con su hermano José. Estaba exiliado en Francia y ha vuelto para incorporarse a la guerra. A la Revolución. Esta excitación de su hermano le da la medida de la situación, así que, al día siguiente, le pide a Pedro Salinas que, en calidad de secretario de la Universidad, le proporcione un pase para viajar hasta Valencia y reunirse con sus dos Milagro. El poeta le niega el salvoconducto. No se fía de él. Sospecha que lo quiere para abandonar el campo republicano. Se lo firmará el oftalmólogo Emilio Díaz-Caneja. Consigue subir a un barco, pero con tan mala suerte que por una avería de motor tiene que

recalar en puerto francés. Pero ya lo tiene claro: saltará a Pamplona. Con los suyos. Es decir, con los que, por fin, ha descubierto como suyos.

### **Arrojado a escena**

Laín ha elegido campo e irá decidiendo sobre la marcha. Todo va a ir muy rápido. Al llegar se pone a las órdenes de las autoridades de la ciudad. La primera de las acciones es formar parte de un batallón de fusilamiento. Se le quedará grabado el tiro de gracia más que su propio disparo. Decididamente se quedará en retaguardia. ¿En Falange o en el Requeté? Ha leído algunos textos de José Antonio Primo de Rivera que le han interesado. Con el carné de Falange se presenta a Fermín Yzurdiaga, sacerdote y director de *Arriba España* que está preparando una revista teórica titulada *Jerarquía*. Será conocida por «la revista negra de Falange».

La figura de Yzurdiaga —ha escrito José Luis Rodríguez Jiménez— «tenía más que ver con el mundo de la derecha contrarrevolucionaria que con el fascismo y cargaba las tintas en un misticismo que resultaba poco operativo para las labores de propaganda, pero supo rodearse de un grupo de buenos escritores: Giménez Caballero, García Serrano...». Todos tienen conciencia de que la guerra cultural es tan importante como la política. En este sentido la llegada de París de Eugenio d'Ors es considerada como una victoria de Franco.

La presencia de D'Ors en Pamplona fue también importante para Laín. Era uno de sus maestros. De hecho le había citado en la conferencia de Valencia en relación con el sentido aristocrático de la obra bien hecha. Ahora se apoyará en él en sus artículos de *Arriba España*:

En correspondencia reciente decía Eugenio d'Ors que la Roma-Mussolini había podido cuajar porque fue precedida de una Roma/Croce. Estas reflexiones nos muestran el único camino para vencer y desterrar definitivamente el separatismo. Primero —esto no puede discutirlo nadie— el castigo exacto y seco. Pero había superación. Es preciso llevar a Bilbao y a Barcelona realidades superiores a cuantas pudiesen lograr vascos y catalanes por obra de su ímpetu separatista. Demostrar con la obra que el resurgir de España oscurece toda actividad regional autónoma. Y luego canalizar las regiones hacia la gran tarea del Imperio. Dar a cada una su misión dentro de la Unidad. Hacer que los brazos fuertes trabajen fuertemente por el Imperio. Entonces España será Grande y Libre por el hecho de ser Una, y el vasco y el catalán sentirán el orgullo de llamarse —otra vez— españoles. [*Arriba España*, 13-V-1937.]

¿Alguien habría podido adivinar en el médico que hacía prácticas en la clínica santanderina de Valdecilla, unos meses antes tan sólo, a este ideólogo hecho a la medida de la situación? Laín se convierte en articulista inevitable en *Arriba España* y publica en las dos revistas más importantes de Falange: en *Vértice*, que dirigía Manuel Halcón, y en la que hacía las portadas —vanguardistas— Pepe Caballero, y en *Jerarquía*, que era la revista teórica.

Con la llegada del Gobierno de Franco a Burgos se instaló también allí la retaguardia cultural. La dirige Serrano Súñer que ha encargado la propaganda a Ridruejo y Tovar. A Laín le confía la sección de Ediciones del Servicio Nacional de Propaganda que más adelante se convertiría en la Editora Nacional.

## La salida totalitaria

¿Fue o no fue Laín un defensor del totalitarismo? Y, en todo caso ¿se reconoció o no como tal?

Reyes Mate escribió a raíz de la muerte de Laín un artículo en el que supo compensar inteligentemente los elogios por el valor que había tenido al hacerse la autocrítica en *Descargo de conciencia* con los durísimos reproches:

[...] comulgó con el nazismo, veneró a Carl Schmitt, paseó con aire marcial por la Dachauerstrasse de Munich, mientras al final de la calle eran asesinados en masa miles de judíos, rusos y gitanos.

En la primera época, durante nuestra guerra, Laín no sólo fue sino que se reconoció en el nazismo.

Unos crean el estilo y otros lo definen. Crea un estilo de vida aquel que recibe el soplo de los destinos históricos y rompe con la caducidad en nombre de la esperanza: así Mussolini, Hitler, José Antonio, Franco... José Antonio hizo del Nacional-sindicalismo un modo de ser cuya expresión primera es una Revolución, de la que ha de ser Franco seguro doctor. [«Meditación apasionada sobre el estilo de Falange», *Jerarquía*, octubre, 1937.]

De todos los compañeros, Laín es el que cita con mayor frecuencia a Hitler. Así, al hablar de la cultura española:

Desde Herder hasta Adolfo Hitler, desde Fóscolo hasta Mussolini, por atenerme tan sólo a dos ejemplos, centenares de hombres alemanes o italianos han dirigido su mirada meditada hacia la posible peculiaridad histórica, hacia

el querido o proyectado destino del pueblo germánico o de la estirpe de Eneas... La esencia de lo alemán no existe todavía, debe ir 'haciéndose' decía Nietzsche, llevando a extremo explosivo el ansia moderna de quehacer dinámico. [*Jerarquía.*]

En los días del debate sobre la Unificación, puso como ejemplo la ascensión de Mussolini y Hitler:

Y luego el tercer periodo, aquel en el que el movimiento se hace Estado. El que siguió a la marcha sobre Roma. El que comenzó cuando Hitler subió los escalones de la Cancillería. El que según toda probabilidad empezó para nosotros el 19 de abril. [*Arriba España.*]

Para Laín, el Decreto de Unificación es el último acto de la Conquista del Estado.

Dicho esto, cabe hablar de una versión española del totalitarismo. En 1941 se publican sus artículos y discursos de guerra bajo el título *Los valores morales del nacionalsindicalismo*.

Es el texto básico aunque no es «su» obra. Va a ser, eso sí, la que, en el futuro, vaya a resultarle más costosa desde el punto de vista político por su carácter fundacional y sus concepciones totalitarias. En los años cincuenta dejará de citarla en las solapas de sus libros.

Hubo un tiempo en que Laín era el llamado a suceder al *Ausente*. Por si fuera poco, tenía el aire físico de José Antonio.

Laín introdujo de la mano de este la definición del ser humano, como «portador de valores eternos»: el factor del cristianismo. A diferencia de Heidegger para Laín el hombre no es sólo historia sino eternidad. No viene «ex nihilo», sino «a Deo». A partir de esa definición son otras las concepcio-

nes antropológicas y políticas. No cabe el etnicismo ni cabe hablar de dos tipos de ciudadanos, pero ¿cómo no llamar totalitarismo a un sistema concebido para controlar totalmente al ciudadano incluso con la violencia si fuera preciso?

Otro argumento para la diferenciación entre el falangismo y los movimientos nazis y leninistas fue la atribución de funciones del sindicato como aparato integrador de las fuerzas sociales frente al partido. Se trataría de un totalitarismo en el que lo nacional y lo social desplazan los elementos de clase y étnicos. Para Laín no se podía «ser nacional sin el calificativo de sindicalista».

Inspirado en las tesis de Sorel (de las que fue seguidor Eugenio d'Ors en su juventud) el nacional sindicalismo estaba legitimado para el ejercicio de la violencia como tal Estado. La violencia como partera de la justicia y en nombre del cristianismo. Laín reserva un papel clave a la Acción Católica en tareas de la «reconstrucción nacional». Laín termina volviendo al ejemplo alemán:

[...] que la empresa nacional resuelve en unidad la dispersión clasista apenas necesita comentario: ahí el ejemplo de la Alemania nacionalsocialista; la cual, no obstante exigir cuantiosos sacrificios a sus hombres, ha conseguido vencer la lucha social de forma hasta ahora insuperada, sosteniendo y mejorando una justicia social, de un lado, y creando por otro una apasionante empresa nacional.

En *La estrella y la Estela*, Eugenio Montes escribiría poco después de la guerra:

Sea lo que fuere lo totalitario, es evidente que dentro de la concepción falangista del mundo, del hombre y de la

Patria, no sólo no hay lugar para esa palabra, sino que taxativamente se la excluye, oponiéndole un sentido del Estado y de la persona incompatible con ella. Pues si se entiende que el Estado lo sea todo, que constituya la última instancia de la existencia, que posea plenitud de derechos sobre la totalidad de lo humano, ¿cómo puede ser la persona portadora de valores eternos?

Pedro Laín y Dionisio Ridruejo salen de la guerra como los dos grandes líderes de la juventud, más intelectual el primero, más político el segundo. Los dos han sido nombrados Consejeros Nacionales de Falange. Chaqueta negra y correa-je. La mirada clara y lejos, el pelo liso y brillante. Laín es el pensador del Movimiento. Ortega está fuera. Escapó del terror de la República en el primero de los exilios, al igual que García Morente, Azorín, Baroja e, incluso, Juan Ramón Jiménez. D'Ors está en el mundo del arte. La guerra ha puesto, inesperadamente, en el centro de este ágora en ruinas a este médico de treinta años. Tiene el atractivo de los médicos escritores. Como Marañón, también en el exilio y su pensamiento tiene el nervio españolista de Santiago Ramón y Cajal. En 1941 publica *Historia de la Medicina*; en 1942 gana la cátedra de esta asignatura. ¿Exagero si digo que, al fin, Laín ha vuelto a sus preocupaciones: la salida como médico, la del hijo del médico rural que aborrecía como una condena la salida del padre? Era la asignatura que menos le había gustado en la carrera, pero era la que mejor se compadecía con sus gustos por la Historia. Para esas fechas ha llevado la dirección de la Residencia de Estudiantes. ¿Quién podría ser más delicado que él para devolver a los Jiménez Fraud los efectos personales que habían abandonado con las prisas de la huida? En realidad son gentes que han salido al exilio sin demasiado

convencimiento. Con miedo a los propios. Por esa han preferido el exilio de Londres. Ya Manuel Azcárate en vísperas del 18 de julio les había advertido a los Fraud que la revolución podría llevárselos por delante también a ellos, «pequeño burgueses de la mierda». Ahora, después de la guerra, la Residencia se llenará de falangistas nostálgicos del prestigio de la Institución, esa mezcla de clase y de progresismo tan seductora. Ese es un papel que le gusta a Laín; como a Jimena Menéndez Pidal el cultivo de una cierta tradición liberal en el colegio Estudio en el más duro de los franquismos; como a los Ortega el mantenimiento de *La Revista de Occidente*.

En 1943 fundará el Instituto Arnau de Vilanova de Historia de la Medicina dentro del CSIC. Unos han ganado la guerra para ser gobernadores y ministros; Laín para poder sentarse en todas las Reales Academias y publicar en todos los medios.

Con Ridruejo fundó la revista *Escorial*. Para unos fue la mano tendida de los vencedores. Para otros fue un conaseguidor de voluntades. ¿De qué podría servir la invitación a escribir en sus páginas a todos si unos no podían hacerlo por razones de exilio o por razones de censura? La oferta de Ridruejo y Laín tenía más que ver con los intentos por sustituir el totalitarismo por la capacidad integradora de una forma cultural.

El acierto de *Escorial* fue el de los buenos deseos; el fallo, el de la realidad. Sentó en torno a los que habían quedado: Menéndez Pidal, Marichalar, Azorín, el joven Marías. Había salido como una «residencia y mirador de la intelectualidad madrileña» en la que pudiera aparecer «alguna muestra del espíritu español no dimitido de las tareas del arte y la cultura», no partidaria ni apologética del régimen aunque ciertamente «instrumento de la Revolución» y nunca contraria a esta.

## España como problema

En plena guerra civil, concretamente en el invierno del 36-37, Laín había tenido la idea de comenzar la tarea de exponer sistemáticamente «el problema intelectual de España» o, dicho de otro modo, cómo nuestros pensadores, escritores, poetas, políticos... habían ido dando respuestas al desafío de pensar España, su ser o no ser de España y cuál era en esos momentos la que daba la generación de los que habían sido conducidos a la confrontación.

No pudo entonces dedicarse a esa tarea, por razones obvias pero ya en guerra Laín nos deja testimonios de sus aspiraciones en ese sentido. En efecto, en un artículo de *Arriba España* anunció el ensayo sobre las generaciones del 98, 14 y 36. Así que, en cuanto pudo, se lanzó a la obra. En 1943 publicó el ensayo *Sobre la cultura española*; al año siguiente el dedicado a *Menéndez Pelayo*; al otro, el titulado *La generación del 98* y, por fin, en 1948 la primera versión de *España como problema*.

Hay que trasladarse a los años cuarenta para valorar la provocación que podía suponer para muchos decir que España seguía siendo un problema, una dificultad y que, históricamente no se ha sabido resolver algo tan radical como la propia existencia colectiva. Es verdad que en las últimas páginas se va a argumentar desde José Antonio y Franco, citas que no hará desaparecer en las ediciones posteriores.

En el origen del problema —dice Laín— está la relación no resuelta de España y Europa, pero será en el XIX cuando se formalizará como pugna de las dos utopías —la tradicionalista y la progresista— que terminará llevando «forzosamente, a la guerra civil porque junto a la tradición y a la utopía operaba la fuerza de la sangre». Innovadores y reaccionarios

fueron los dos agonistas de la renovada tragedia española, tan sedientos de idea y de sangre como mediocres en la creación histórica. En esta disyuntiva aparece como tercero en discordia Menéndez Pelayo con la propuesta de recuperar un pasado que había sabido resolver las contradicciones históricas, Vives y Suárez, los dos católicos y los dos modernos.

¿Por qué no se consiguió esta síntesis en la Restauración? se pregunta Laín: porque no hubo «buen sennor» y así fueron su cediéndose el desastre del 98, la descomposición de los partidos, la Semana Trágica, el auge del republicanismo y el socialismo y el fracaso de Maura en su intento de construir una derecha liberal.

Los del 98 buscaron la solución al problema de España por la vía del ensueño. Ortega, por el contrario, se orienta hacia la eficacia: si España es el problema, Europa es la solución. Hacen falta minorías capaces de llevar a las masas la llamada a nueva vida y una capacidad de totalización frente a los separatismos pero, en vez de esta llamada a la integración, se llama a los particularismos.

Expuesto todo esto, ¿cuál es la solución al ser y existir de los españoles que propone la Generación del 36, y concretamente Laín?

Ante todo, dice, aquella debe basarse en creencias: en primer lugar, en la religión católica; en segundo lugar en España como modo de entender la verdad religiosa; en que España puede ser gobernada según este modo de concebir su entidad histórica. Así se unen la idea de José Antonio como «sugestivo proyecto de vida en común» y la «política de misión» de D'Ors. Frente a la tensión tradición-progreso, la tradición creadora; la libre autodeterminación del soberano pueblo español; la distinción en la vida de España entre lo esencial y lo accidental, el sentido católico de la existencia.

¿Por qué quisieron hacerle la guerra a Laín ensayistas como Calvo Serer? Parece claro que la pugna no podía deberse a razones religiosas, tampoco patrióticas. Se trataba de una lucha por la hegemonía cultural y política. En las últimas páginas de *España como problema* trata de describir la situación de oscuridad y ansiedad en que se encuentra más que descubrir las causas de esta: «Vengamos ahora al desnudo presente: el presente de un hombre que habla castellano y quiere vivir». Y recurre a San Juan de la Cruz: «La noche es en el mundo; nocturnas son las pasiones; la turbia desconfianza, el oscuro temor». Y sigue con Rimbaud: «¡Oh dura noche! ¡La sangre corre y humea sobre mi rostro! Todo es calígine en torno a nosotros». Vuelve por unos momentos a la esperanza y termina de nuevo con San Juan:

El corriente que nace de esta fuente  
bien sé que es tan capaz y tan potente,  
aunque es de noche

*España como problema* vino a rematar la serie de meditaciones que comenzó con *Idearium español* de Angel Ganivet; *En torno al casticismo* de Miguel de Unamuno; *España invertebrada* de Ortega y Gasset... y es contemporánea de la gran polémica de Américo Castro y Claudio Sánchez Albornoz con *España, un enigma histórico* y *La realidad histórica de España*.

### De rector a paria

Laín nunca dejó de ser punto de mira de los inquisidores. Los ajustes de cuentas, tan habituales en la inmediata posguerra, podían basarse tantos en hechos personales como

políticos. En el primer aspecto a Laín le afectó el drama; en el ideológico, resultaba desafiante la llamada integradora de su pensamiento: reivindicaba a Vives y Suárez en el pasado y a Ortega y Unamuno, en el presente.

Consciente de las enemigas que levanta, publicó en *Arbor*, en marzo de 1951, un trabajo titulado «Hacia una teoría del intelectual católico» en el que define a este como al «hombre consagrado al estudio teórico de la realidad» que, además, «vive y quiere vivir dentro de la Iglesia» y cuya función es «cooperar en la obra de la Redención».

El enrarecimiento del clima iba resultando tan sofocante para Laín que en 1953 decidió denunciarlo en un trabajo titulado «Reflexiones sobre la vida espiritual de España», que publicó en *Arbor* y lo dio en forma de separata. Era tal la presión que Laín tuvo que disculparse por utilizar esta forma panfletaria de edición. La disculpa era ingenua: había recurrido al folleto «por hacer más cómoda la lectura» pero trataba de tranquilizar a los censores asegurando que el texto sólo sería remitido «a un contado número de personas de notoria autoridad religiosa, política e intelectual; y no como incitación al comentario público, sino para meditación recoleta».

En este texto Laín denuncia la existencia de folletos dirigidos contra él, insidiosos, que habían sido repartidos por «despachos y antecámaras, hojas que con la clandestinidad disimulan su inconsistencia y su cobardía» y en las que le acusaba de «apartar a la juventud del camino recto, dando curso a ideas peligrosas y ensalzando figuras poco ejemplares, desde el punto de vista de la enseñanza católica». Las imputaciones más graves y concretas tenían que ver con la participación en un homenaje a Ortega y Gasset, y la «resistencia a que el nombre de Unamuno fuera eliminado de la publicidad intelectual y literaria de España».

Para Laín ser orteguiano no era inconciliable con ser católico ortodoxo y no veía razones para que su pensamiento pudiera llevar al pesimismo y a la desesperación. En relación con Ortega recurre al orteguismo de José Antonio y en relación con Unamuno cita el manifiesto que redactó este desde su vetusto rectorado salmanticense a raíz del Alzamiento Nacional del 18 de julio y que fue el primer golpe propagandístico allende las fronteras. Propone que se juzgue a Unamuno «españolamente», esto es, que se valore su vehemente amor a España, la vibrante defensa de la conquista y colonización de América, la valoración de San Ignacio de Loyola y la Contrarreforma y la incitante proclamación de una nueva salida de Don Quijote a los campos de la historia universal.

Ni sus proclamas católicas ni sus guerreras negras pudieron blindarle frente a los oscuros enemigos. Ni siquiera el cargo de Rector de la Central. Los planes de Joaquín Ruiz-Jiménez con Pérez Villanueva, Tovar y él mismo iban a ser vistos por los falangistas burocráticos y los católicos integristas como una provocación. Laín prefirió el rectorado de Madrid a la subsecretaría aunque era consciente de que este no era sino «una residual adscripción a Falange».

En otoño de 1955 comenzó a agitarse el campus madrileño. La inquietud había surgido por razones sindicales y culturales. El SEU aparecía como la negación de la libertad y los Pirineos (la censura) seguía siendo una barrera para las ideas y las modas. El Congreso de Escritores jóvenes que organizaba Dionisio Ridruejo era un acto de contestación al sistema, el primero desde la guerra, con unos contenidos muy precisos y nada disparatados. Laín lo financió desde el Rectorado con quince mil pesetas, previa consulta a la jefatura nacional del SEU. Al homenaje a Ortega se sumó una propuesta de representación en Arquitectura de una parodia

titulada *El Azor, el Atún y el Jefe* que fue obviamente prohibida por sus obvias alusiones al Caudillo y a partir de ahí al mes de febrero iba a ir ya todo en cascada: en la Ciudad Universitaria eran ya frecuentes las provocaciones de falangistas con porras y pistolas y, por fin, la manifestación del 9 de febrero, en homenaje a Matías Montero, fue reventada por un disparo que puso en peligro de muerte a un chaval llamado Miguel Álvarez.

Laín dimitió pero el ministro, solidariamente, no le aceptó el gesto. Para Joaquín Ruiz-Giménez se trataba de una frustración colectiva: el fin de una experiencia. Personalmente Laín iba a quedar tan afectado que, como ha contado en *Descargo de conciencia*, el Régimen le redujo a la condición de «paria». No pudo soportar que el *establishment* le diera la espalda, Así el que había sido punto de referencia de una Generación de patriotas, el que había sido reclamado hasta hacía bien poco como sustituto de José Antonio, fuera tratado como el gran traidor Dionisio fue detenido, Tovar volvió a sus filologías y él seguiría escribiendo.

No se convirtió ciertamente en un «paria». Nadie fue elegido en tantas Academias reales. Las listas negras no impidieron que llegara a ser Presidente de la Española de la Lengua y es que se oficializa una España de la oposición aceptable, razonable que va a echar una mano a la clandestina, a la antisistema, no obstante, reconciliadora. Laín pudo rechazar la medalla de Isabel la Católica y en 1964 pudo salir en defensa de los profesores castigados, Aranguren, Tierno Galván, García Calvo, Aguilar Navarro y Montero Díaz. Esta fue su respuesta *Ante el conflicto universitario*:

A los veinticinco años de conclusa la drástica «depuración» del cuerpo docente universitario que subsiguio a nuestra Guerra Civil, cinco catedráticos de universidad han sido

objeto de sanciones graves. Tres de ellos han sido expulsados del escalafón de catedráticos; dos más, los señores Montero Díaz y Aguilar Navarro, han sido separados de la cátedra por dos años: «la Universidad es mi casa y nada en ella puede serme ajeno».

Todos los que desde 1939 hemos formado parte del escalafón de catedrático de universidad hemos aceptado o soportado sin protesta formal un hecho y una práctica: el hecho de la llamada «depuración», tal como fue ésta realizada desde 1936, y la práctica de exigir un certificado de adhesión al Movimiento a todos los opositores de cátedras universitarias. A ese hecho y a esa práctica deben ser añadidas, desde 1953, las cláusulas del Concordato de ese año relativas a la enseñanza de las universidades civiles.

Pero ¿acaso no ganó él la cátedra en 1942 gracias a la depuración posterior a la guerra? Según él, no tuvo que ver nada personalmente de un modo «directo». ¿Por qué, entonces, entona el *mea culpa* en este texto? (*Revista de Occidente*, 1966, número 40).

Ya para entonces había firmado algunos manifiestos en defensa de la libertad sindical y de expresión (a raíz de las huelgas de Asturias y de las represiones en 1963). A partir de entonces no iba a haber manifiesto político que no estuviera firmado por él en primer o segundo lugar. El que había montado, con algunos otros, los aparatos ideológicos del régimen de Franco amparaba ahora la contestación contra este.

Había colaborado a crear el Leviatán y ahora tenía que luchar para destruirlo.